

Limpieza a través de la sangre

“Si andáis en la luz, como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Ya hemos visto que el efecto más importante de la Sangre es *la reconciliación* por el pecado.

El fruto del conocimiento de *la reconciliación y de la fe en ella* es el *perdón* del pecado. El perdón es simplemente una declaración de lo que ya ha sucedido en el cielo a favor del pecador y su aceptación sincera de ello.

Este primer efecto de la Sangre no es el único. A medida que el alma, por la fe, se entrega al Espíritu de Dios para comprender y gozar de la plena eficacia de *la reconciliación*, la Sangre ejerce un poder ulterior, al impartir los demás beneficios que, en la Escritura, se le atribuyen.

Uno de los primeros resultados de *la reconciliación* es *la limpieza del pecado*. Veamos lo que la Palabra de Dios tiene que decir al respecto. Entre nosotros, a menudo se habla de *la limpieza* como si no fuera más que el perdón de los pecados o la limpieza de la culpa. Sin embargo, esto no es así. La Escritura no habla de ser *limpiado de la culpa*. *La limpieza* del pecado significa liberación de la contaminación, no de la culpa del pecado. La culpa del pecado tiene que ver con nuestra relación con Dios y nuestra responsabilidad de enmendar nuestras malas acciones, o de soportar el castigo por ellas. La contaminación del pecado, por otra parte, es el sentido de contaminación e impureza que el pecado trae a nuestro ser interior, y es con esto con lo que *la limpieza* tiene que ver.

Es de suma importancia para todo creyente que desee disfrutar de la plena salvación que Dios ha provisto para él, entender correctamente lo que las Escrituras enseñan acerca de esta *limpieza*.

Consideremos:

- I. **¿Qué significa la palabra limpieza en el Antiguo Testamento?**
- II. **¿Cuál es la bendición que indica esa palabra en el Nuevo Testamento?**
- III. **¿Cómo podemos experimentar el pleno goce de esta bendición?**

I. La purificación en el Antiguo Testamento

En el servicio de Dios, tal como lo ordenó Moisés para Israel, había dos ceremonias que el pueblo de Dios debía observar en preparación para acercarse a Él. Estas eran las *ofrendas* o *sacrificios* y las *limpiezas* o *purificaciones*. Ambas debían observarse, pero de diferentes maneras. Ambas tenían el propósito de recordarle al hombre cuán pecador era y cuán inepto era para acercarse a un Dios santo. Ambas debían tipificar la *redención* por la cual el Señor Jesucristo restauraría al hombre la comunión con Dios. Por regla general, sólo las *ofrendas* se consideran como típicas de la *redención* por medio de Cristo. Sin embargo, la Epístola a los Hebreos menciona enfáticamente las *purificaciones* como figuras “en las cuales se ofrecían *sacrificios* y *diversos lavamientos*” (Hebreos 9:9, 10).

Si podemos imaginar la vida de un israelita, entenderemos que la conciencia del pecado y la necesidad de *redención* se despertaban no menos por las *purificaciones* que por las *ofrendas*.

También debemos aprender de ellos cuál es realmente el poder de la Sangre de Jesús.

Podemos tomar como ejemplo uno de los casos más importantes de *purificación*. Si alguien se encontraba en una choza o en una casa donde yacía un cadáver, o si había tocado un cadáver o huesos, quedaba impuro durante siete días. La muerte, como castigo por el pecado, hacía impuro a todo aquel que se relacionara con ella. La *purificación* se realizaba utilizando las cenizas de una novilla que había sido quemada, como se describe en Números 19 (compárese con Hebreos 9:13, 14). Estas cenizas, mezcladas con agua, se rociaban con un manojo de hisopo sobre el que estaba impuro; luego tenía que bañarse en agua, después de lo cual quedaba ceremonialmente limpio una vez más.

Las palabras “*inmundo*”, “*purificación*”, “*limpio*” se usaban en referencia a la curación de la lepra, una enfermedad que podría describirse como una muerte en vida. Levítico, capítulos xiii y xiv: Aquí también el que iba a ser *purificado* debía bañarse en agua, habiendo sido rociado primero con agua, en la que se había mezclado la sangre de un ave, ofrecida en sacrificio. Siete días después era rociado nuevamente con la sangre del sacrificio.

Una atenta contemplación de las leyes de la *purificación* nos enseñará que la diferencia entre las *purificaciones* y las *ofrendas* era doble. Primero: la *ofrenda* tenía una referencia definida a la transgresión por la cual se debía hacer la *reconciliación*. La *purificación* tenía más que ver con condiciones que no eran pecaminosas en sí mismas, sino que eran el resultado del pecado, y por lo tanto debían ser reconocidas por el pueblo santo de Dios como contaminadas. Segundo: en el caso de la *ofrenda*, nada se le hacía al oferente mismo. Él veía la sangre rociada sobre el altar o llevada

al Lugar Santo; debía creer que esto procuraba *la reconciliación* ante Dios. Pero nada se le hacía a él mismo. En *la purificación*, por otro lado, lo que le sucedía a la persona era lo principal. La contaminación era algo que había sucedido a la persona, ya sea por enfermedad interna o por contacto externo; por lo tanto, el lavamiento o la aspersión con agua debía realizarse sobre él mismo como lo había ordenado Dios.

La purificación era algo que él podía sentir y experimentar. Produjo un cambio no sólo en su relación con Dios, sino en su propia condición. En la *ofrenda* se hizo algo por él; mediante *la purificación* se hizo algo EN él. La *ofrenda* se refería a su culpa; la *purificación* a la contaminación del pecado.

El mismo significado de las palabras "*limpio*", "*limpieza*", se encuentra en otras partes del Antiguo Testamento. David ora en el Salmo 11: "*Límpíame de mi pecado*", "*Purifícame con hisopo y seré limpio*". La palabra que David usa aquí es la que se usa con más frecuencia para la *limpieza* de cualquiera que haya tocado un cadáver. El hisopo también se usaba en tales casos. David oró por algo más que el perdón. Confesó que había sido "formado en maldad", que su naturaleza era pecaminosa. Oró para ser purificado por dentro. "*Límpíame de mi pecado*", fue su oración. Usa la misma palabra más adelante cuando ora: "Crea en mí, oh Dios, un corazón *limpio*". *La limpieza* es más que el perdón.

De la misma manera, esta palabra es utilizada por Ezequiel, y se refiere a una condición interior que debe ser cambiada. Esto es evidente en el capítulo 24:11,13, donde, hablando de la limpieza de la inmundicia, Dios dice: "Porque te limpié, y no fuiste limpiado". Más adelante, hablando del Nuevo Pacto (cap. 36:25), dice: "Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis *limpiados* de todas vuestras inmundicias; de todos vuestros ídolos os *limpiaré*".

Malaquías usa la misma palabra, relacionándola con el fuego (cap. iii. 3): "Él se sentará como refinador y purificador de plata; él purificará (*limpiará*) a los hijos de Leví".

purificación por agua, por sangre, por fuego; todo ello típico de la *purificación* que tendría lugar bajo el Nuevo Pacto: una *purificación interior* y una liberación de la mancha del pecado.

II. La bendición indicada en el Nuevo Testamento por la purificación

En el Nuevo Testamento se habla a menudo de un corazón limpio o puro. Nuestro Señor dijo: “Bienaventurados los de limpio corazón” (Mateo 5:8). Pablo habla del “amor nacido de un corazón limpio” (1 Timoteo 1:5). También habla de una “conciencia *limpia*”.

Pedro exhorta a sus lectores a “amarse unos a otros entrañablemente, con corazón *puro*”. También se utiliza la palabra *purificación*.

Leemos acerca de aquellos que son descritos como el pueblo de Dios, quienes afirman que Dios purificó (*limpió*) sus corazones a través de la fe (Hechos xv. 9).

Que el propósito del Señor Jesús con respecto a los que eran suyos era “purificar *para sí* un pueblo de su posesión” (Tito ii. 14).

En cuanto a nosotros mismos leemos: “Limpiémonos *de* toda contaminación de carne y de espíritu” (2 Cor. 7:1).

Todos estos lugares nos enseñan que *la limpieza* es una palabra interior obrada en el corazón, y que es posterior al perdón.

En 1 Juan 1:7 se nos dice que “la sangre de Jesucristo su Hijo nos *limpia* de todo pecado”. Esta palabra *limpia* no se refiere a la gracia del *perdón* recibida en la conversión, sino al efecto de la gracia EN los hijos de Dios que andan en la luz. Leemos: “Si andamos en la luz, como él está en la luz... la sangre de Jesucristo su Hijo nos *limpia* de todo pecado”. Que se refiere a algo más que el perdón se desprende de lo que sigue en el versículo 9: “Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y *limpiarnos* de toda maldad”. La limpieza es algo que viene después del perdón y es el resultado de éste, por la recepción interna y experimental del poder de la sangre de Jesús en el corazón del creyente.

Esto se lleva a cabo según la Palabra, primero en la purificación de la conciencia. “¿Cuánto más la sangre de Cristo... *limpiará* vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Hebreos 9:14). La mención ya hecha de las cenizas de una becerra rociadas sobre los inmundos tipifica una experiencia personal de la preciosa sangre de Cristo. La conciencia no es sólo un juez que dicta sentencia sobre nuestras acciones, es también la voz interior que da testimonio de nuestra relación con Dios, y de la relación de Dios con nosotros. Cuando es *limpiada* por la sangre, entonces da testimonio de que agradamos a Dios. Está escrito en Hebreos 10:2: “Los que adoran, una vez *purificados*, no tendrían más conciencia de pecado”. Recibimos por medio del Espíritu una experiencia interior de que la sangre nos ha librado tan completamente de la culpa y el poder del pecado que nosotros, en nuestra

naturaleza regenerada, hemos escapado completamente de su dominio. El pecado aún habita en nuestra carne, con sus tentaciones, pero no tiene poder para gobernarnos. La conciencia está *limpia*, no hay necesidad de la más mínima sombra de separación entre Dios y nosotros; lo contemplamos en todo el poder de *la redención*. La conciencia *limpiada* por la sangre da testimonio de nada menos que una redención completa; la plenitud del beneplácito de Dios.

Y si la conciencia está *limpia*, también lo está el *corazón*, del cual la conciencia es el centro. Leemos acerca de tener el corazón *limpio* de una mala conciencia (Hebreos 10:22). No sólo debe *limpiarse la conciencia*, sino también el corazón, incluyendo el entendimiento y la voluntad, con todos nuestros pensamientos y deseos. Por medio de la sangre, por cuyo derramamiento Cristo se entregó a la muerte, y en virtud de la cual entró de nuevo en el cielo, la *muerte* y resurrección de Cristo son incesantemente eficaces. Por este poder de su muerte y resurrección, las concupiscencias y disposiciones pecaminosas son eliminadas.

“La sangre de Jesucristo limpia de todo pecado”, tanto del pecado original como del pecado actual. La sangre ejerce su poder espiritual y celestial en el alma. El creyente en cuya vida la sangre es plenamente eficaz, experimenta que la vieja naturaleza no puede manifestar su poder. Por medio de la sangre, sus concupiscencias y deseos son dominados y aniquilados, y todo queda tan *limpio* que el Espíritu puede producir su glorioso fruto. En caso de la menor tropiezo, el alma encuentra *limpieza* y restauración inmediatas. Incluso los pecados inconscientes quedan sin poder por su eficacia.

Hemos notado una diferencia entre la culpa y la contaminación del pecado. Esto es importante para una clara comprensión del asunto; pero en la vida real debemos recordar siempre que no están divididas de esa manera. Dios, por medio de la sangre, trata con el pecado como un todo. Toda verdadera operación de la sangre manifiesta su poder simultáneamente sobre la culpa y la contaminación del pecado. La reconciliación y la limpieza siempre van juntas, y la sangre está en acción incesante.

Muchos parecen pensar que la sangre está allí para que, si hemos pecado de nuevo, podamos volver a ella para ser purificados. Pero no es así. Así como una fuente fluye siempre y siempre purifica lo que se pone en ella o bajo su corriente, así sucede con esta Fuente, abierta para el pecado y la inmundicia (Zac. 13:1). El poder eterno de vida del Espíritu Eterno actúa a través de la sangre. Por medio de Él, el corazón puede permanecer siempre bajo el fluir y *la limpieza* de la Sangre.

En el Antiguo Testamento, *la purificación* era necesaria para cada pecado. En el Nuevo Testamento, *la purificación* depende de Aquel que siempre está vivo para interceder. Cuando la fe ve, desea y se aferra a este hecho, el corazón puede permanecer en todo momento bajo la torre protectora y *purificadora* de la sangre.

III. ¿Cómo podemos experimentar el pleno goce de esta bendición?

Todo aquel que por la fe obtiene una parte del mérito expiatorio de la sangre de Cristo, tiene también una parte en su eficacia *purificadora*. Pero la experiencia de su poder purificador es, por varias razones, tristemente imperfecta. Por eso es de gran importancia entender cuáles son las condiciones para el pleno goce de esta gloriosa bendición.

i. En primer lugar, es necesario el conocimiento. Muchos piensan que el perdón de los pecados es todo lo que recibimos a través de la sangre. No piden nada más y no lo obtienen.

Es una bendición comenzar a ver que el Espíritu Santo de Dios tiene un propósito especial al hacer uso de diferentes palabras en las Escrituras con respecto a los efectos de la sangre. Entonces comenzamos a indagar acerca de su significado especial. Que todo aquel que verdaderamente anhele saber lo que el Señor desea enseñarnos con esta sola palabra, *limpieza*, compare atentamente todos los lugares en las Escrituras donde se usa la palabra, donde se habla de *limpieza*. Pronto sentirá que hay más prometido al creyente que la eliminación de la culpa. Comenzará a entender que *la limpieza* a través del lavamiento puede quitar la mancha, y aunque no pueda explicar completamente de qué manera esto ocurre, sin embargo, estará convencido de que puede esperar una bendita operación interna de *limpieza* de los efectos del pecado, por la sangre. El conocimiento de este *hecho* es la primera condición para experimentarlo.

ii. En segundo lugar: debe haber deseo.

Es de temer que nuestro cristianismo se complazca en posponer para una vida futura la experiencia de la bienaventuranza que nuestro Señor quiso para nuestra vida terrena: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios».

No se reconoce suficientemente que *la pureza de corazón* es una característica de todo hijo de Dios, porque es la condición necesaria para la comunión con Él, para el disfrute de Su salvación. Hay muy poco anhelo interior de ser realmente agradables al Señor en todas las cosas y en todo momento. El pecado y la mancha del pecado nos molestan muy poco.

La Palabra de Dios nos llega con la promesa de bendición que debe despertar todos nuestros deseos. Crean que la sangre de Jesús limpia de todo pecado. Si aprenden a entregarse debidamente a su operación, ella puede hacer grandes cosas en ustedes. ¿No deberían desear a cada hora experimentar su gloriosa eficacia limpiadora para ser preservados, a pesar de su naturaleza depravada, de las muchas manchas por las que su conciencia los acusa constantemente? Que sus deseos se

despierten para anhelar esta bendición. Pongan a Dios a prueba para que obre en ustedes lo que Él, como el Fiel, ha prometido: la *limpieza* de toda maldad.

iii. La tercera condición es la voluntad de separarse de todo lo que es inmundo. A causa del pecado, todo en nuestra naturaleza y en el mundo se contamina. *La purificación* no puede tener lugar si no hay una completa separación y renuncia a todo lo inmundo. “No toquéis lo inmundo” es el mandato de Dios a sus escogidos. Debo reconocer que todas las cosas que me rodean son inmundas.

Mis amigos, mis posesiones, mi espíritu, todo debe ser entregado para que yo sea *limpiado* en cada relación por la sangre preciosa, y para que todas las actividades de mi espíritu, alma y ser, puedan experimentar una *limpieza completa* .

El que retenga algo por muy pequeño que sea no puede obtener la bendición completa. El que está dispuesto a pagar el precio completo para que todo su ser sea bautizado por la sangre está en camino de entender plenamente esta palabra: La sangre de Jesús limpia de todo pecado.

iv. La última condición es ejercer fe en el poder de la sangre. No es que, mediante nuestra fe, concedamos su eficacia a la sangre. No, la sangre siempre conserva su poder y eficacia, pero nuestra incredulidad cierra nuestros corazones y obstaculiza su funcionamiento. La fe es simplemente la eliminación de ese obstáculo, la apertura de nuestros corazones al poder divino por el cual el Señor viviente otorgará Su sangre.

Sí, creamos que hay *limpieza* a través de la sangre.

Quizás hayas visto un manantial en medio de un campo de hierba. Del camino muy transitado que pasa por ese campo, cae constantemente polvo sobre la hierba que crece al lado del camino, pero donde el agua del manantial cae en forma de rocío refrescante y purificador, no hay señal de polvo, todo es verde y fresco. Así, la preciosa sangre de Cristo continúa su bendita obra sin cesar en el alma del creyente, que por fe se apropia de ella. A quien por fe se encomienda al Señor, y cree que esto puede suceder y sucederá, le será concedido.

El efecto celestial y espiritual de la sangre se puede experimentar realmente en cada momento. Su poder es tal que siempre puedo permanecer en la fuente, siempre morar en las llagas de mi Señor.

Creyente, ven, te ruego, pon a prueba cómo la sangre de Jesús puede limpiar tu corazón de todo pecado.

Tú sabes con qué alegría un viajero cansado se bañaría en una corriente fresca, sumergiéndose en el agua para experimentar su efecto refrescante, limpiador y fortalecedor. Alza tus ojos y mira por fe cómo un arroyo fluye incesantemente desde el cielo hacia la tierra. Es la influencia del bendito Espíritu, a través de quien el poder

de la sangre de Jesús fluye hacia la tierra sobre las almas, para sanarlas y purificarlas. ¡Oh!, colócate en esta corriente, cree simplemente que las palabras: “La sangre de Jesús limpia de todo pecado”, tienen un significado divino, más profundo, más amplio de lo que jamás hayas imaginado. Crea que es el Señor Jesús mismo quien te limpiará en Su sangre y cumplirá Su promesa con poder en ti. Y considera la limpieza del pecado por Su sangre como una bendición, en cuyo disfrute diario puedes permanecer confiadamente.